



La unidad de los cuarenta años fue ficticia, forzada. En la foto, la gente desfila por la capilla ardiente donde yacen los restos de Franco el 21 de noviembre de 1975.

más la idea de que aquella fue la buena España y ésta la mala, y que la democracia es la culpable de lo que está pasando. Lo que está pasando es simplemente lo que pasó, y no ha cesado de pasar.

LOS estamentos siguen siendo los mismos, con las mismas personas y la misma doctrina básica. Las "familias" políticas han derivado en partidos, y los partidos en una unión burocrática para el poder, en una UCD. Sucede, sin embargo, que la prosperidad mundial que existió ya no existe, sino todo lo contrario. Ya no se trata de repartir la riqueza, sino la pobreza, arrojándola lo más lejos posible del círculo mágico del poder. Las "familias" regañan. La unidad de la derecha sostenida durante cuarenta años se fragmenta. Los que pueden amenazar, amenazan; los que no pueden más que desgastar, desgastan. Si Alianza Popular se rasga, porque está fuera del círculo de poder, UCD restaña sus heridas porque es el poder mismo; pero está vulnerada seriamente. Apenas puede legislar. Pone sus esfuerzos en un punto, no tiene extensión para abarcar simultáneamente todos los demás. Cuando consiguió una Constitución ambigua, resulta incapaz para desarrollarla, no ya dentro del consenso con que se logró la Constitución con los partidos de izquierda, sino dentro de sus propias premisas programáticas, doctrinales: si estas palabras parecen excesivas, digamos que electorales. Llegar a los Estatutos le ha costado sudores de muerte. No sabe qué hacer, ahora, con los que le quedan. Los estamentos se le desploman encima con más fuerza que las mayorías de votantes. La fragmentación contenida todavía por el reparto del poder produce, como resultante, un equilibrio inestable. Es decir, una apariencia de inmovilidad.

LA izquierda no es ajena a esta fragmentación. Lleva tiempo preparándose para aquello que no sucede jamás. Se preparó para una revolución, y no vino: Franco murió en su cama, el cambio se hizo con bisagras. Se preparó después para una sociedad de prosperidad y de consumo, abandonando las premisas revolucionarias, y la sociedad del bienestar y el consumo se le deshizo en la manos. Buscó el consenso y no pasó de ser útil a sus enemigos. Trató de la concentración nacional y está cada día más lejos.

PODEMOS llamar a todo esto la transición: un estado confuso y lento, sin límites visibles. El problema es que transita poco. Se espera llegar a salir: que la fragmentación termine, que el pluralismo comience, que la democracia funcione, que los estamentos se acomoden. No hay una ley política que asegure que esto va a producirse así. Hay países que llevan siglos fragmentándose y con menos esperanzas cada vez. Se les llama subdesarrollados, Tercer Mundo, naciones proletarias y de muchas maneras más. ■

¿SE CONDENARAN LOS OBISPOS?

CONOZCO alguien que está preocupado por algunos obispos: cree que se van a condenar. La campaña contra el divorcio le parece grave para ellos. Trato de tranquilizarle: los obispos no se condenan nunca. "También hay banqueros que se arruinan", me dice. Y médicos que enferman, y hasta se mueren. Pero no conviene mezclar las cuestiones terrenas con las divinas. "Son ellos las que las mezclan. El obispo de Orense, Angel Temiño, dice que el divorcio es una monstruosidad. Y dice también que el Gobierno, si aprueba el divorcio, cometerá otro error. Hay que fijarse bien: otro. El obispo cree que el Gobierno está cometiendo errores...". Replico que por qué el obispo de Orense iba a ser una excepción. En este país hasta los obispos deben ser libres. Y si otro obispo, el de Ciudad Rodrigo, cree que el divorcio no puede ser regulado por un Gobierno, porque es algo que "escapa al poder humano", pues que lo crea.

"Pero el Gobierno, la mayoría de los parlamentarios, creen en el cielo y en el infierno, y creen que los obispos tienen las llaves. La presión de ese sector de la Iglesia es fuerte sobre los políticos que ¡creen en el paraíso!". Pero creen mucho más en los votos. El cielo y el infierno son valores abstractos y lejanos, pero los votos son de este mundo. Para un político, aunque sea de UCD, sobre todo si es de UCD, el paraíso es estar en el poder, en el Gobierno, y el infierno estar en la oposición.

Ahora, mi interlocutor, que es compasivo, piensa en la terrible situación de estas gentes de UCD, divididos entre la necesidad metafísica del paraíso y la de los votos para mantenerse en el poder. "¡Pobrecillos!", dice. Para él, que los obispos vayan al infierno y los gobernantes a la oposición son catástrofes graves.

Hay que tranquilizarle. Los obispos no pueden condenarse por comportarse como obispos. Y los políticos no pueden perder votos por comportarse como gobernantes. Algún arreglo habrá. De alguna forma se resolverá todo para que la Ley de Divorcio haga creer a la masa electoral que se puede divorciar y a los obispos que van a salvar sus ricas almas.

"Pero a la gente no se la puede engañar", dice mi amigo. Qué extraña creencia. Si a la gente no se la pudiera engañar, ciertas instancias no existirían. Ni disputarían entre sí. Y a los que no se puede engañar, se les puede sujetar, acallar, reprimir: hasta que sonrían como si, de verdad, estuvieran engañados. Los obispos se comportarán como obispos, los gobernantes como gobernantes y las gentes se casarán y se divorciarán en Las Vegas y en Reno, abortarán en Londres, se anularán por la Rota. "Pero eso son los ricos", musita mi interlocutor. Naturalmente, ¿quién habla aquí de los pobres? ■

POZUELO